La piscina de las toallas dobladas

Obra original de Shyvirelle

A las cinco y diecisiete de la mañana, Rocío encontró una toalla húmeda en el casillero catorce. Estaba doblada en cuatro, como si alguien hubiera tenido la paciencia de alisar las esquinas después de usarla. Debajo, el banco seguía seco. El candado del casillero estaba cerrado y la llave llevaba dos noches en un sobre, dentro del cajón de objetos perdidos.

Rocío trabajaba en el turno nocturno de la piscina municipal. Su tarea consistía en revisar el sistema de filtrado, cerrar las duchas y comprobar que no quedara nadie después de las diez. Al terminar, recorría el pasillo de vestuarios con una linterna pequeña; la mitad de los tubos de luz se apagaba automáticamente para ahorrar electricidad.

La primera mañana pensó que la toalla era un olvido antiguo. La lavó, la secó y la guardó en el armario de ropa limpia. Al día siguiente encontró otra en el mismo casillero: blanca, húmeda y doblada en cuatro. En la costura había un hilo azul, idéntico al de la primera.

No era una toalla de la piscina. Las municipales llevaban franjas verdes. En el registro nocturno no constaban visitantes ni incidencias.

El viernes, poco antes del cierre, apareció un hombre delgado con una bolsa de natación a la espalda. Se detuvo frente al mostrador sin saludar.

—Creo que olvidé mi llave —dijo—. La del catorce.

—Está en objetos perdidos. ¿Su nombre?

—Julián. Vine el martes.

Rocío buscó la ficha. Julián había entrado a las nueve y cuarenta y había salido a las nueve y cincuenta y nueve. En el apartado de observaciones alguien había escrito: «Una vuelta más». Ella reconoció su propia letra, pero no recordaba haberlo anotado.

—¿Hizo una vuelta después de la hora de salida?

El hombre miró hacia el corredor de duchas.

—Eso dice mi reloj. Yo recuerdo salir del agua, secarme y venir aquí. Pero el reloj contó una vuelta completa mientras estaba vestido.

Rocío sacó el sobre con la llave. Julián no extendió la mano.

—Quédese con ella hasta mañana —pidió—. Solo quería saber si seguía aquí.

Fue a marcharse, pero una gota cayó desde el interior de su bolsa y dejó una marca oscura en el suelo. Rocío oyó, desde la nave de la piscina, el ruido de unas brazadas. Eran cuatro golpes de agua separados por una pausa muy corta.

La puerta estaba cerrada. La superficie, al otro lado del vidrio, parecía lisa.

—Hay que revisar eso —dijo ella.

—No abra —respondió Julián, demasiado deprisa.

La vuelta que faltaba

Aquella noche Rocío no se fue a casa. Recuperó las grabaciones del martes y comparó los horarios con el libro de entradas. En la cámara del pasillo se veía a Julián aparecer junto a las duchas y detenerse ante el casillero catorce. Luego desaparecía durante treinta y siete segundos por un ángulo muerto y reaparecía junto al mostrador.

La grabación de la piscina enseñaba algo distinto: mientras Julián cruzaba el vestuario, una línea de pequeñas ondas recorría la calle más próxima a la pared. Ninguna cabeza sobresalía del agua. Al llegar al extremo, las ondas no daban la vuelta; seguían por el borde y continuaban hacia la puerta.

Rocío volvió al pasillo. Sobre la baldosa, entre el casillero y las duchas, había cinco huellas mojadas. Terminaban contra un tabique. No había huellas de regreso.

En el armario de mantenimiento encontró un cuaderno viejo. Entre cuentas de cloro y avisos de tuberías, una página tenía una advertencia escrita a lápiz: «Cada casillero guarda el último camino de quien se seca allí. Una toalla usada fuera de su lugar presta ese camino a otro cuerpo. No confundir trayectos con vueltas».

En el margen alguien había añadido: «Lo que no se termina busca continuación».

La frase parecía una broma de empleados antiguos. Rocío habría cerrado el cuaderno si no hubiera reconocido el hilo azul dibujado junto al número catorce.

Abrió el casillero. La toalla estaba otra vez dentro, húmeda, exactamente doblada. En una esquina se distinguía una marca de jabón que no había visto antes: una línea delgada y un giro de noventa grados, como un plano incompleto.

En la puerta metálica aparecieron tres pequeñas gotas. Se deslizaron hacia arriba.

Rocío cerró sin tocar la tela. Llamó al número que Julián había dejado en recepción y le pidió que regresara. No explicó lo del cuaderno. Solo dijo que la llave no bastaba para cerrar el incidente.

Llegó a las cinco y diez, antes de que abrieran las instalaciones.

—Usted ya sabía que la toalla volvía —dijo ella.

Julián dejó la bolsa en un banco.

—Sabía que alguien la recogería.

—¿Por qué dejó aquí la llave?

—Porque yo no puedo acabarlo.

Rocío puso delante de él una copia de la grabación. Julián observó las ondas atravesar una puerta que, en la imagen, estaba cerrada.

—Cuando era pequeño me enseñaron a no salir de la piscina hasta tocar la pared del fondo —dijo—. El martes me faltaban unos metros para completar la última vuelta. Oí el aviso de cierre y salí por la escalera lateral. No me importó. Hasta que la toalla empezó a aparecer en mi casa. La traje aquí, la guardé y dejé la llave. Pensé que si otra persona se secaba con ella, el recorrido seguiría adelante y me dejaría en paz.

—Pero no se acaba, ¿verdad?

Julián negó con la cabeza.

—Cada mañana el reloj marca más distancia. Ya no sé dónde termina la piscina.

Rocío miró la toalla. La marca de jabón formaba ahora dos esquinas. El recorrido había atravesado el vestuario y estaba empezando a dibujar el pasillo de salida.

—No le dejó una vuelta a otra persona —dijo—. Le dejó una deuda que crece.

El casillero catorce

Del otro lado de la puerta sonó de nuevo la brazada cuádruple. Esta vez le siguió un golpe seco, como el de una mano buscando apoyo. Rocío abrió la puerta de la nave sin pasar de la línea amarilla que delimitaba la zona de empleados.

Sobre la superficie vacía de nadadores apareció una depresión larga. Avanzó hasta la escalera lateral y se detuvo. El agua comenzó a subir por los peldaños, sin derramarse, como si alguien invisible estuviera saliendo.

Julián retrocedió.

—Ahí fue donde me detuve —susurró.

—Dígalo sin cambiar la historia.

—Salí por la escalera.

Las ondas siguieron avanzando por el borde.

—¿Y luego?

—Fui a las duchas.

Rocío abrió el cuaderno por la página de la advertencia. La última oración estaba subrayada: «El recorrido no es lo que se afirma haber hecho».

—No. Lo que hizo de verdad.

El hombre apretó los ojos. Rocío esperó sin moverse.

—Me quedé junto a la escalera —admitió—. Miré hacia la pared del fondo. Podía volver y tocarla, pero ya estaba cansado. Después atravesé la puerta de empleados, que había quedado entornada, y llegué al vestuario por detrás. No pasé por las duchas.

El agua se quedó inmóvil. Una única huella apareció sobre el primer peldaño.

—Entonces vamos a registrar ese camino, no una vuelta inventada —dijo Rocío.

Regresaron al casillero. En el corredor había huellas nuevas que se dirigían hacia la salida, como si el trayecto quisiera escaparse de su propia historia. Rocío mantuvo la toalla apartada de ambos. Julián señaló, uno por uno, los lugares por los que realmente había pasado: escalera, puerta de empleados, banco, casillero. Cuando vacilaba, las huellas se extendían un poco; cuando recordaba, dejaban de avanzar.

Frente al catorce, Rocío abrió el sobre y devolvió la llave a Julián.

—Usted empezó este recorrido. Ciérrelo aquí. Y no vuelva a entregárselo a nadie.

Julián abrió. Dentro había varias toallas húmedas, cada una doblada sobre la anterior. Rocío reconoció la primera por el hilo azul; las demás tenían marcas de jabón más largas, caminos que llegaban a puertas que todavía no se habían abierto. Habían estado esperando otros cuerpos.

Sin secarse las manos, colocaron cada una en el casillero del número bordado en su esquina. El seis recibió una toalla gris; el once, una pequeña con un borde amarillo; el catorce, la blanca del hilo azul. No fue un gesto heroico. Tardaron casi una hora y, durante todo ese tiempo, la puerta de la nave tembló suavemente con golpes de agua.

Cuando Julián guardó su toalla en el catorce, tuvo que decir por última vez:

—No nadé esa vuelta. Salí por la escalera y vine aquí.

La marca de jabón se hizo borrosa. La tela dejó de gotear. Del otro lado de la puerta se oyó un chapoteo breve, seguido por el silencio.

Rocío fue a comprobar la piscina a través del vidrio. El agua estaba tranquila y la escalera completamente seca. En el libro de registro, la frase «Una vuelta más» había desaparecido. Solo figuraban la entrada y la salida de Julián.

Él se quedó sentado en el banco, agotado, pero sin aquella expresión de estar escuchando algo detrás de los muros.

—¿Ya terminó? —preguntó.

—Lo que pasó aquí, sí.

Rocío cerró los vestuarios, colgó un aviso de suspensión del servicio y pidió a mantenimiento que no retirara ninguna prenda hasta revisar los casilleros. No iba a permitir que el siguiente turno abriera como si nada.

Al salir, sacó del bolso el vaso reutilizable que llevaba todas las noches. Lo había llenado antes de empezar la ronda. La tapa estaba ajustada y el borde, seco.

Dentro, una gota avanzó despacio por la superficie, trazó un círculo perfecto y volvió al punto de partida.

Rocío no abrió el vaso.